

La construcción de una nueva identidad, a golpes de sol y viento

El migrante construye una nueva identidad. Diferente a la del país de origen y diferente a la del país que lo recibe. En la construcción de esa identidad desempeña diferentes roles, que se superponen, se conjugan, pero no se excluyen.

Dionisia Choque es contadora, graduada de la Universidad Nacional del Comahue, con su hermano están al frente de una pequeña empresa de producción de ladrillos en la Colonia 12 de Octubre de Allen y ha incursionado en el comercio con una tienda en el centro de la ciudad. También es mujer e inmigrante. Y en la construcción de esa identidad se aprende a querer, a hacer propio el lugar. “No es muy bonito porque hay tierra, corre viento, hay mucho sol, pero te acostumbras y lo vas queriendo, tenés más cosas vividas acá que en otro lugar”, afirma Dionisia, mientras el sol de abril le pega en la cara.

Llegó de Bolivia con sus padres Gregoria

y Carlos y su hermano Eddy cuando tenía 12 años. Entró en segundo año de la secundaria, teniendo que rendir algunas equivalencias. “Empecé en el Mariano Moreno de Allen y terminé en el CEM 43 de Roca. Los cambios de colegio son complicados porque los programas son distintos, en el Moreno estaban dando cosas de matemáticas que no había visto, en cambio en Roca estaban con trigonometría, que ya lo había visto en el norte y me resultaba fácil”, recuerda. También agradece la ayuda de algunos profesores que colaboraron en su adaptación, aunque aclara que ella correspondía estudiando todo lo que le daban. El mayor choque lo tuvo con Historia y Educación Cívica. “No podía entender el concep-

to de qué era un municipio, allá la organización es distinta”, cuenta.

Con mucho esfuerzo y dedicación terminó el secundario y se animó a la Universidad. En su generación eran pocos los estudiantes de la comunidad boliviana, a diferencia de hoy que hay en casi todas las carreras. Recuerda sólo a un compañero que abandonó y a un estudiante chileno con el que cursó algunas de las últimas materias.

“En la Universidad, de entrada no me fue bien, venía de un secundario con orientación en informática y elegí la carrera de Contador, no sabía lo que era un pasivo o un activo, y como el título del secundario me llegó tarde, perdí lo poco que había cursado, por suerte

lo tenían en cuenta al año siguiente cuando iba rindiendo las materias”, cuenta y rescata que “fue una linda experiencia, gracias a Dios tengo una personalidad sociable y tenía relación con todos los compañeros y eso me ayudó mucho”.

Tiene ganas de continuar estudiando, pero por ahora es sólo un proyecto para el futuro. “Yo creo que ‘el que quiere, puede’, tengo en mente hacer algo más, a veces me quedan horas libres, pero no son todos los días en el mismo horario”.

Como contadora, se encarga de la administración de las dos empresas familiares, de algunos hornos vecinos y de algunas verdulerías, otro de los rubros en los que incursionan integrantes de la comunidad boliviana. También integra la Asociación de Ladrilleros ‘Árbol’ y sigue de cerca trámites y vencimientos, pero prefirió que el trabajo de liquidación de impuestos lo haga un contador ‘de afuera’, para evitar cargar con responsabilidades cuando algo no se haga en término.

Rompiendo mitos, afirmó que todos los negocios de la comunidad boliviana en el centro pagan impuestos, “porque para poder abrir, como cualquiera, deben inscribirse en la AFIP, Rentas y tramitar la habilitación municipal y, en el caso de los hornos, antes los compradores pedían factura, pero últimamente cada vez más piden factura A. El que tiene capital y mucho movimiento económico en el mes pide factura A porque con la C termina perdiendo”, afirmó.

Conservan algunas tradiciones, como comidas típicas, fiestas y las vestimentas que usan para esas fiestas, pero reconoce que cuando se junta con sus amigas la comida elegida es la pizza. La llegada, cada verano, de

miles de trabajadores bolivianos que vienen a trabajar en la temporada hace que se consigan productos que antes no había. Uno de ellos es el chuño, base de la alimentación de los pueblos originarios del altiplano. Se trata de una papa deshidratada que se somete primero a las heladas del invierno y luego se disea al sol. Es ingrediente esencial para muchos platos tradicionales.

También los festejos, especialmente el de carnaval, reúnen a la comunidad boliviana. Es uno de los pocos feriados en el que cierran los comercios, por lo menos por la tarde. En general, abren de lunes a lunes. De todos modos, mantener la tradición es un esfuerzo. Años atrás se hacían grandes fiestas en la Colonia 12 de Octubre y había dos comparsas. Hoy quedó sólo una para mantener vivo el ritmo y el colorido.

La actividad ladrillera requiere grandes sacrificios. Dionisia cuenta que “el trabajo en el horno es duro, sobre todo para el que lo ve por primera vez, y al tomar las riendas te cargás una preocupación, después de este trabajo no te asusta ningún otro, si algún día no tuviera para subsistir de otra cosa no tendría miedo, pero el estado físico no es el mismo si tenés una edad avanzada”.

En verano las jornadas son larguísimas. Catorce o quince horas. “En la temporada se arranca temprano, porque no hace tanto calor y la gente quiere que le rinda, algunos vienen a hacer la temporada y otros ya viven acá porque tienen hijos que están en la escuela y una vez que los chicos hacen amigos no se quieren ir, se acostumbran, y tampoco quieren moverse a hacer la temporada a Mendoza o a otro lugar... algunos ya son abuelos y todavía dicen que algún día se van a ir”, afirma.

La Colonia 12 de Octubre todavía carece de muchos servicios –es más fácil ver televisión que calefaccionarse- pero es el sitio elegido por miles de integrantes de la comunidad boliviana para forjar su futuro. “El lugar no es muy bonito porque hay tierra, corre viento, hay mucho sol, pero te acostumbras y lo vas queriendo, tenés más cosas vividas acá que en otro lugar, yo acá conozco a mucha gente, cuando voy a la Municipalidad o a hacer algún trámite me encuentro con compañeros, en cambio en Bolivia no tengo a nadie, no quedaron tíos, ni abuelos, estamos cortados de raíz”, reflexiona Dionisia.

Son un grupo familiar pequeño, que en la Argentina se va agrandando. “Somos cuatro, mis padres, mi hermano y yo. Mi hermano ahora formó una familia y tiene una nena, Litzi. Somos los que más tardamos en aumentar la familia, porque de muy jóvenes siempre estuvimos trabajando y es muy difícil hacerlo con chicos de por medio, le metimos veinte años al lugar, toda la juventud”, destaca.

El año pasado abrieron una tienda en un local grande del centro, con la idea de cambiar de rubro en algún momento. Estas dos últimas temporadas se han hecho menos ladrillos porque mermó la actividad de la construcción, pero necesitan continuar con los dos emprendimientos. Y “trabajar en los dos lugares es cansador”.

Una identidad migrante, en construcción, mixturándose con otra identidad en surgimiento, la de los habitantes del norte de la Patagonia, de la región Comahue, una palabra que tiene apenas unos pocos años más que nuestra Universidad. ●

A photograph of a woman wearing a white conical hat, looking over a brick wall. The wall is made of reddish-brown bricks and has a dark wooden beam or structure attached to it. The background is a blurred outdoor setting with trees and a building.

“La identidad está dentro del discurso, dentro de la representación. Es constituida en parte por la representación. La identidad es una narrativa del sí mismo, es la historia que nos contamos de nosotros mismos para saber quiénes somos”.

(HALL, Stuart. 2010)